

ran templos de Satanás, que un millar de estos edificios de adobe, levantados para confundir al enemigo malo á costa de los oprimidos hijos del trabajo.

Veia yo en mi imaginacion marchar por esas largas calles las antiguas procesiones de los indígenas, con sus lúgubres cánticos y sus horrisonos instrumentos, procedentes de todas partes para asistir al sacrificio. Figurábame ver los cuerpos de las víctimas



CIMA DEL ORIZABA.

arrojados al despeñadero á la vez que los sacerdotes, salpicados de sangre, levantaban á lo alto el corazón palpitante aun, mientras el pueblo prorumpia en hosanas á sus dioses. Y fácilmente veia en mi fantasía al buen dios Quetzalcoatl despidiéndose de su pueblo, justamente como ántes lo habia hecho el Cristo, y prometiéndole volver mas tarde con nuevos dones celestiales.

CAPÍTULO XI.

REVISTA HISTÓRICA—PRIMITIVA, COLONIAL, Y REVOLUCIONARIA.

CIVILIZACIONES AMERICANAS—NAHUAS Y MAYAS—EL MÉJICO DE LOS AZTECAS—VENIDA DE LOS EUROPEOS—CONQUISTA—ÉPOCA COLONIAL—DESAFECTO—DEBILIDAD DE ESPAÑA—EL VIREY ITURRIGARAY—SU INICUO RÉGIMEN—CRECEN LAS DIFICULTADES EN ESPAÑA—CAMORRAS ENTRE LAS AUTORIDADES DE NUEVA ESPAÑA—CIZAÑA—VENEGAS—NACIMIENTO DE LA INDEPENDENCIA DE MÉJICO—HIDALGO—ALLENDE—EL GRITO DE DOLORES—MORELOS—GUERRERO—BRAVO—VICTORIA—RAYON—MINA—BATALLA—TRIUNFOS Y DERROTAS—PROGRESO DE LA REVOLUCION—CONSÚMASE LA INDEPENDENCIA—EPISODIO DE ITURBIDE.

Para comprender mejor el período de la historia, en que la vida de Porfirio Diaz tiene un participio tan notable, conviene reseñar ligeramente los anales primitivos de la nacion, sin perder de vista la influencia sin límites que tienen sobre los asuntos del dia, la época de los aborígenes y la colonial.

La civilizacion mas avanzada del Continente Norte Americano, en la época de la conquista, se habia centralizado en el valle de los lagos de Méjico, á pesar de que al sur del paralelo del Usumacinta floreció, por lo ménos en época anterior, una cultura de tipo mas elevada. El territorio intermedio, conocido respectivamente con los nombres de Nahua y Maya, puede colocarse en los valles entre las montañas de Oajaca, á cuyo pueblo he aludido ántes, y en donde los restos arqueológicos presentan rasgos característicos bajo muchos aspectos.

La semejanza de los rasgos que indican cierta intimidad y tal vez el mismo origen, se atribuye á la influencia tolteca, nombre asociado á todo lo que es

noble y grande, y que figura al principio de las Sagas del Anáhuac, como el de las familias reinantes.

Se les ve así mismo en primer término como héroes de cultura y constructores de ciudades y templos, que mas tarde fueron lugares sagrados para la posteridad que los admira; y en la actualidad son objetos de estudio para los anticuarios, como se ve en Cholula y en Teotihuacan.

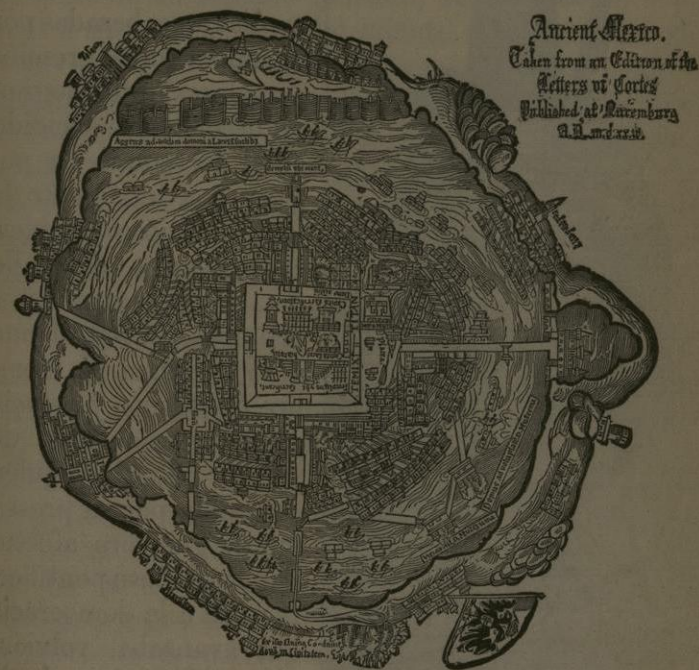


RUINAS DE LA QUEMADA.

Vivieron en el siglo de oro de los Nahuas y despues del trascurso de cinco centurias, acabaron con ellos la guerra civil y las epidemias. Otras tribus mas fuertes y mas rudas ayudaron entónces á elevar al poder otra línea de dinastías, conocidas con el nombre de Chichimecas, bajo las cuales las luchas de monarcas

ambiciosos forman el tema principal de las leyendas míticas, alterando aquellas con la construccion de varias ciudades, como capitales dominantes, y la entrada de pueblos extraños á título de conquistadores y colonos.

Hallamos entre éstos á los Aztecas que, huyendo de la persecucion, se refugian en la orilla sud-oeste del lago de Tezcuco, y allí fundan la ciudad insular de Méjico. Pasado un siglo se encuentran bastante fuer-



Ancient Mexico.
Taken from an Edition of the
Letters of Cortes
Published at Rucemburg
A.D. 1492.

MÉJICO EN EL TIEMPO DE LOS MONTEZUMAS.

tes para exigir el segundo lugar en una confederacion tripartita, compuesta de los Tepanecas de Tlacopan y los mas poderosos Acolhuas de Tezcuco, que domina el valle y lleva su poder mas allá de sus límites.

Bajo Montezuma I. arrebatan la supremacia á sus aliados y en el curso de las seis décadas que siguen, continuando la conquista, se extiende el imperio azteca, de océano á océano, dejando libres de su yugo

solamente á la atrevida republiquita de Tlascala, el reino de Michoacan, las tribus salvajes desde Querétaro hácia el Norte, y los chiapanecas hácia el Sur; á la vez que los zapotecas, los miztecas, y otras naciones situadas mas adelante lo sacuden tan luego como se retiran los ejércitos invasores.



GUERRERO AZTECA.

Conforme va extendiéndose el imperio, crecen los elementos de su debilidad. Las clases medias, encabezadas por los importantes gremios de comerciantes, logran un ascendiente decidido en el terreno de la política, con detrimento de los ambiciosos nobles. A principios del siglo diez y seis, logran estos últimos sentarse en el trono á Montezuma II., hombre de talento y astucia y del mismo modo de pensar que ellos, quien sostenido por su prestigio de guerrero afortunado y piadoso pontífice, rechaza á la democracia que avanzaba, volviéndola á la esfera de la subordinación.

La impopularidad despectada de esa manera, acrecienta las costosas guerras nacidas de la ambición, y de una corte despilfarrada que oprime á la par á los súbditos y á las naciones tributarias. Sobre estas últimas, además de las exacciones gravosas, recae la detestable obligación de ministrar víctimas para los

sacrificios humanos, convirtiendo el descontento general en un odio profundo.

Con el deseo de la libertad se excita á la vez la esperanza remota de la venida de un Mesías, prometido por los mitos, en la persona de Quetzalcoatl, héroe apacible é ilustrado, divinizado creador del siglo de oro de los toltecas, y descrito como un personaje barbado y blanco que se habia aparecido en el país, viniendo de la dirección de donde sale el sol, y quien despues de un reinado glorioso, se habia vuelto por mar á su misma tierra del oriente. Hácia allá todos vuelven los ojos llenos de esperanza conforme van extendiéndose los rumores que difunden algunos traficantes llegados del litoral, de haber venido allí casas aladas y flotantes conduciendo hombres blancos. Cada acontecimiento extraño se interpreta ahora por los agoreros, como pronóstico portentoso, que las masas populares en susurros traducen por convulsiones políticas y destronamiento de los tiranos.

Ya habia trascurrido la cuarta parte de un siglo desde que Colon descubrió la existencia del Nuevo Mundo: las Antillas habian sido pobladas, y recorridas las provincias del istmo, excitando con sus relaciones de oro, perlas, y esclavos el apetito insaciable de los aventureros á caza de fortuna.

Se habia organizado una docena de expediciones en busca de nuevos campos, que una imaginación exaltada revestia con brillantes riquezas, las cuales se acrecian en proporción al aumento de la distancia y del misterio. En una de esas aventuras mandada por Córdoba, se descubrió á Yucatan. Otra recorrió la costa de Veracruz, y trajo á su regreso las relaciones mas brillantes de hermosas tierras y rios de oro, para entusiasmar á los pobladores de las Antillas, dejando al mismo tiempo estupefactos á los hijos de la Nueva España, exaltados con las ideas de una aparición divina, que á Montezuma y á los suyos, sonó como el toque funerario para el derrumbamiento de los tronos.

Así fué como en medio del regocijo y del temor,

Cortés y su banda de seiscientos, pisaron la playa del golfo recibiendo una cordial bienvenida, como descendientes del barbado Quetzacoatl, y como hijos del sol. El capitán español no tardó mucho en acomodarse á este error de la imaginación, y cuando supo de las grandes ciudades y del esplendor imperial que había



EN LA COSTA DE YUCATAN.

en el interior, y de la discordia que reinaba entre aquellas gentes, quedó sellada la suerte de Montezuma.

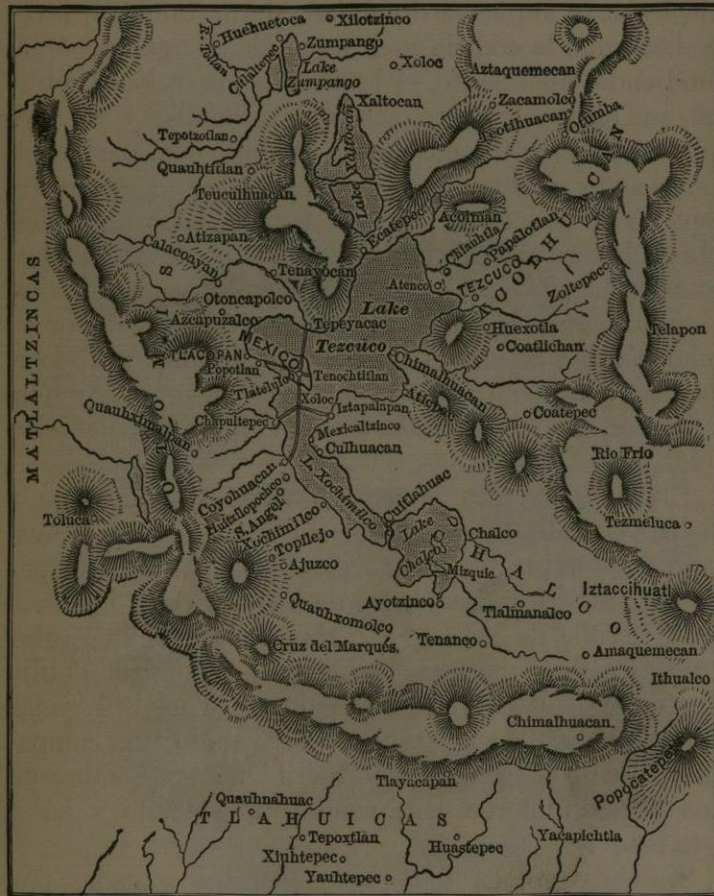
Valiéndose de hábiles intrigas llegó á dominar enteramente la expedición, en la que hasta entonces solo

había figurado como capitán; destruye la flota para hacer imposible la retirada, vinculando así á los soldados á su proyecto, y dando á sus brazos el temple que produce la desesperación. Emrende luego la marcha para la capital de Montezuma, ganando á su causa tribu por tribu, aprovechándose del pavor que inspiraba su supuesta divinidad, despertando á veces la discordia, la codicia y el deseo de venganza, ó infundiendo, finalmente, el temor con sus veloces corceles, sus armas de acero, sus cotas de malla, y el rayo que encerraban sus mosquetes; todo lo cual para estos americanos desnudos, sin mas armas que sus arcos y espadas de pedernal, parecían fuerzas sobrenaturales. Hasta los altivos Tlascaltecas despues de varias derrotas, se le adhieren. Seguido por numerosos aliados, Cortés entra á Méjico apoderándose del emperador en rehenes: por conducto de él se hace dueño de todo el imperio, exigiendo el homenaje y cobrando tributos, á la vez que con astucia triunfa de una expedición rival.

El contacto mas inmediato viene sin embargo á disipar el halo divino, que hasta entonces había ofuscado á los naturales, y atormentados los aztecas por las extorsiones y crueldades de los invasores, los arrojan del valle de los lagos. Mas por fortuna de estos los tlascaltecas permanecen leales, y con su auxilio Cortés se hace de nuevos aliados, y vuelve á ganar el terreno perdido por el pavor, haciendo una campaña dirigida con prudencia y escribiendo su nombre en una página imperecedera, como gran soldado y hábil estadista.

Sin embargo, en todas estas batallas ganadas por los europeos á los americanos, casi no se ve otra cosa que la victoria alcanzada por medio de armas científicas y pericia militar, sobre masas indisciplinadas. A pesar de que la conquista se verificó, debido principalmente á las intrigas y á la discordia intestina de los conquistados, derramándose la sangre á torrentes y procediendo con un egoísmo sin precedente, no dejó

de producir, algun bien, sustituyendo como lo hizo, á los crueles sacrificios una religion mas apacible, y abriendo el camino para una cultura mas elevada, en cuyo largo curso se encuentran mezclados bienes y males.



VALLE DE MÉXICO EN 1521.

De aquí en adelante, la cruz y la espada van alternativamente á la vanguardia de los descubrimientos y de la subyugacion de las provincias. Á los pocos años se revelan los misterios del Sur; Yucatan presenta sus imponentes templos, se rasga el velo que

cubre las regias c6rtes de los Quichés y los Cakchiqueles, y Honduras llega á ser el campo de batalla de conquistadores rivales, mientras que hácia el Norte son atravesadas las cumbres veteadas de plata de la Sierra Madre, en busca de ciudades fabulosas que atraen á los exploradores hasta los límites de Utah y Kansas. Todavía hay mas tierras que explorar, pero

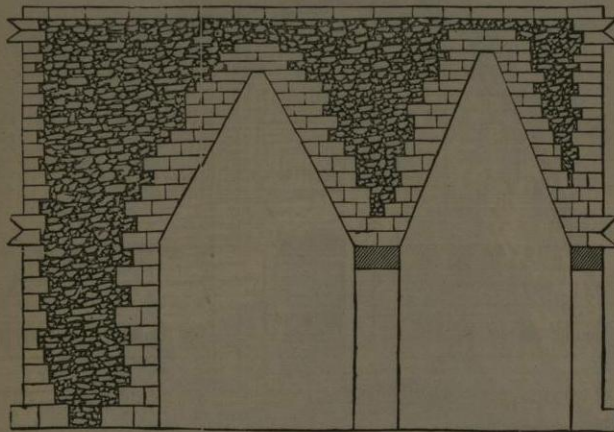


PALACIO EN UXMAL.

nada vale su adquisicion; el soldado entonces se vuelve agricultor y cabeza de familia, rodeándose de una banda de dependientes y trabajadores humildes del país, á quienes maltrata con frecuencia. Estos tienen, sin embargo, poderosos campeones en los sufridos frailes que se dirigen por todas partes buscando vasallos para la iglesia y para el rey, reemplazando los

templos de la idolatría con conventos y capillas, y enseñando la sumisión con cánticos y símbolos, á la vez que dan protección á los oprimidos y alivio á los que sufren.

La agricultura recibe nuevo impulso de la ciencia europea. Se explotan las minas, y en todas partes se levantan poblaciones protegidas por las líneas de presidios. Los caminos reales se ven llenos de trenes que conducen mercancías y metales preciosos, que á su vez desarrollan un tráfico floreciente entre España y las Antillas. Se botan al mar del Sur nuevos bajeles que traen la especiería de las Indias, formando para la Nueva España un rico comercio trasoceánico

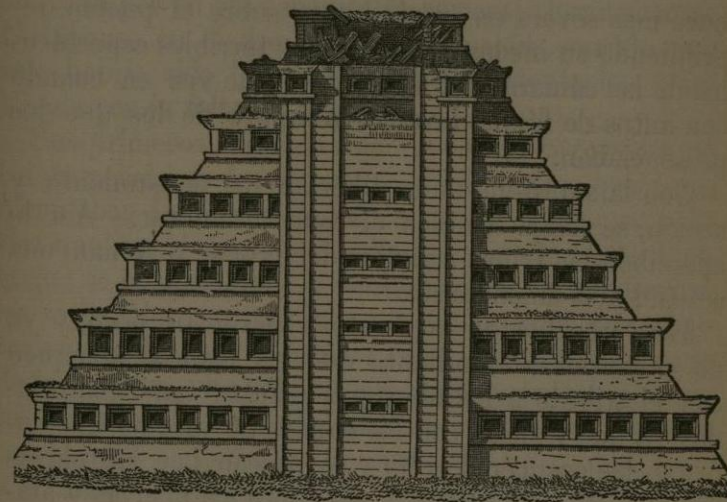


EDIFICIO ANTIGUO.

Quedan ya realizados los sueños dorados de los primeros aventureros, aunque tarde y no siempre con el beneficio personal que se esperaba.

Méjico se ha levantado de sus ruinas para ser la residencia de los vireyes, y mas grande que el caído imperio. Abundan los profesores instruidos, y revoltean los cortesanos en torno de los representantes de la majestad, para dar el tono á una sociedad que desde muy al principio se jacta de una educación universitaria local, y de las bellas artes. Los vireyes eran, por regla general, hombres tan buenos y hábiles

como su señor, y por lo regular tenían la experiencia adquirida en su carrera oficial anterior; pero sobre todo resueltos á mantener al país en estado de colonia, tributaria servil no solo de la corona, sino del comercio y de las fábricas de la Península. Se introducen nuevas artes é industrias, es verdad; pero solo cuando no pugnan con las prerogativas de los españoles en la madre patria. Quedan, en consecuencia, suprimidas una multitud de empresas convenientes y aun necesarias, siguiendo una política tan mezquina que no se



PIRÁMIDE EN VERA CRUZ.

detiene ni ante la injusticia mas palmaria. Tampoco desea el español que los naturales conozcan sus propias riquezas así como que otras naciones conozcan el origen de su opulencia.

Se pone una barrera de aislamiento á las colonias, llegando hasta separarlas unas de las otras y manteniéndolas casi ignoradas para el resto del mundo. El período vireinal tiene pocos acontecimientos notables, si se comparan con las escenas conmovedoras y terribles luchas de la delirante Europa.

Y á pesar de eso, hay de vez en cuando algunos

levantamientos de los oprimidos naturales y esclavos, y disputas con la siempre poderosa iglesia, que en una ocasion se venga capitaneando á la plebe para derrocar al representante del rey. El espionaje y la intriga mantienen un constante movimiento en los círculos oficiales, debido en gran manera al justo descontento de los preponderantes criollos, quienes se indignan de la injusta preferencia que se da á los advenedizos inmeritorios de España, y protestan contra el pupilaje humillante en que se les tiene. Los incansables jesuitas son expulsados y la inquisicion se hace mas severa en su vigilancia sobre el pueblo, reprimiendo su inconstancia con los terribles espectáculos de las cámaras del tormento, y de vez en cuando con autos de fé que helaban la sangre de los que los presenciaban.

Con la supresion de la libertad de pensamiento y accion, se relaja tambien el espíritu militar. Así lo aperciben las tribus errantes del Norte y toman una actitud mas amenazante.

Los presidios de la frontera sirven de poco, y ya no se considera humillante que los blancos aplaquen con el tributo á los aborígenes, ántes tan despreciados, ni que transen con las bandas de piratas que infestan las costas del golfo y se pasean por las playas del Sur, descendiendo á veces sobre las puertas y atacando otras á los ricos galeones.

El indolente reposo de la vida de hacienda ha amortiguado el espíritu marcial de los conquistadores. El deseo de aventura no ha muerto con todo; vive todavía, y se da á conocer en los rodeos y las corridas de toros; y hasta en el siglo diez y ocho vemos salir expediciones hácia el Norte para explorar el secreto del Estrecho, que segun se esperaba, aseguraría para España la supremacía en comercio y posesiones territoriales.

Entrando al siglo diez y nueve encontraremos desde luego el período revolucionario, al que conviene dedicar mas atencion que la que hemos dado á la época de

los aborígenes y á la colonial, puesto que constituye el límite entre lo viejo y lo nuevo, entre el despotismo feudal del estado y de la iglesia, y la libertad intelectual y física del desarrollo moderno.

En el nombramiento de Don José Iturrigaray, quién comenzó su administracion en el mes de enero de 1803, se cometió un error lamentable por el rey, ó mas bien dicho por Godoy, que era entónces el ministro favorito. De una familia decente, aunque no ilustre, el nuevo gobernante combinaba en su persona un trato fascinador y una extremada avaricia, pasion que era apoyada por un gran séquito de parientes hambrientos. Notábanse en él dos vicios reprobables, cuando uno solo habria sido bastante malo—la ostentacion combinada con la falta de honradez.

Sus primeros actos no solo revelaban la primera de las propensiones á que hemos aludido sino que tambien daban á conocer algo de abuso de confianza, política que siguió despues de una manera sistemática, en la que se comprendian la venta de oficios y privilegios, las sociedades con fraudulentos contratistas, y la aceptacion de regalos y cohechos, con el mas alto desprecio de la justicia. Se daban recepciones y entretenimientos oficiales en el palacio por su simpática consorte, con la mira de fomentar la oferta de ricos presentes; y él mismo quiso hacer de la capital el centro del placer y de la disipacion, miéntras que su hijo daba un ejemplo vergonzoso de desenfreno.

Semejante conducta no pudo ménos que apocar la dignidad y autoridad del virey, y el descaro con que cometia los abusos llegó á hacer presumir que hasta el favorito del rey participaba de las ganancias. Entre los actos de su administracion no hubo ninguno que hiciese olvidar su mal proceder.

Era la época de la invasion de los franceses en España, y con la prolongacion de la guerra, los pedidos de dinero y el aumento de las contribuciones hicieron mas pesada la carga. Entre otras medidas se empleó la del secuestro de propiedades pertenecientes á insti-

tuciones caritativas, acto que lastimó la simpatía pública lo mismo que los bolsillos de ricos propietarios, siendo muy general en esa época la costumbre de hipotecar las propiedades en favor de estas instituciones.

Se embargaron bienes cuyo valor se calculaba en nada ménos que cuarenta y cuatro millones de pesos, y esto afectó á todos los intereses del país, á tal grado que solo se pudo realizar un tanto por ciento del valor de la propiedad; y aun la suma que así se obtuvo quedó mermada al pasar por las manos del virey y de sus paniaguados. A estas dificultades se añadió el rompimiento con Inglaterra, y el temor consiguiente de una invasion y de las excursiones de los corsarios, mientras que en el Norte el pueblo de los Estados Unidos comenzaba á invadir el territorio. Fué necesario, por de contado, levantar tropas y adquirir dinero para defender á la misma Nueva España, todo lo cual produjo mucho descontento.

Entre tanto las cosas habian llegado á tal extremo en España que Carlos IV. creyó prudente abdicar en favor de su hijo Fernando VII. Este cambio que debia ocasionar la caida de Godoy, no pudo ser agradable á Iturrigaray. Es un hecho que manifestó tanta indiferencia al proclamar al nuevo rey, que muchos la calificaron de traicion.

Pero despues llegó la noticia de la usurpacion del trono por José Bonaparte; y mientras que la simpatía en el ánimo de muchos sirve para fortalecer la lealtad, el principio tan arraigado de temor y obediencia á la iglesia y la inquisicion tiende á neutralizar en otros todo espíritu revolucionario causado por la introduccion de las ideas francesas y la humillacion del realismo, tenido hasta ahora como de derecho divino. No pocos, sin embargo, acariciaban sueños de independencia á falta de un soberano legítimo, y proclamaban sus miras en carteles anónimos entre los cuales habia algunos que pedian una corona para Iturrigaray. Sin duda le gustaba esa lisonja: pero cualesquiera que ha-

yan sido sus deseos, le faltaba la resolucion para acaudillar el movimiento necesario, y prefirió aguardar y disimular.

Hasta aquí se resolvió á seguir la suerte del soberano depuesto, especialmente de Carlos IV., quien reconociendo los esfuerzos que habia hecho para arrancar contribuciones y préstamos forzosos por una parte, y cediendo á la presion de las circunstancias por otra, graciosamente habia disimulado su avaricia y peculado. Iturrigaray queria, ante todas cosas, conservar el poder, y se manifestó muy complacido de la propuesta que hizo el ayuntamiento de Méjico de que asumiera el gobierno de Nueva España para el rey legítimo, y no lo entregara ni aun á la misma España, mientras estuviera bajo el régimen extranjero. El atrevimiento de un cuerpo de criollos, como era el ayuntamiento, de disponer del gobierno, causó la indignacion de la audiencia, y cuando el virey le comunicó la representacion la rechazó, como contraria á la ley y al bien público.

Iturrigaray se molestó tanto que llegó hasta proponer su renuncia, sin tener la intencion de hacerla efectiva, sino con el único fin de evitar la discusion. Se rechazó tambien otra propuesta de formar un consejo representativo en el país, á pesar de que era generalmente bien recibida, porque la audiencia consideraba que el proyecto invadia su autoridad, aun mas que un virey independiente.

En medio de estas dudas llegó la noticia del levantamiento en España contra los Franceses; y llevado de su patriotismo, el pueblo recibió con aclamacion el oportuno plan de poner de manifiesto su lealtad, proclamando formalmente á Fernando. Los despachos de José Bonaparte fueron quemados públicamente en Veracruz, en medio de un tumulto. Llegaron despues órdenes de dos juntas distintas establecidas en España exigiendo el reconocimiento de su legitimidad. El virey declaró que en vista de que evidentemente reinaba la anarquía en España, no se podia

reconocer á ninguna por entónces. Resolvió luego por sí mismo, contra los deseos de la audiencia, convocar un congreso que representara á los ayuntamientos del país, compuestos principalmente de criollos. Esta y otras usurpaciones del poder supremo, incluso el levantamiento de tropas, engendró la creencia de que se proponía separarse del gobierno peninsular, y el círculo de españoles contrario á él resolvió derrocarlo.

Gabriel de Yermo, vizcaino de origen, propietario rico, y amigo de la audiencia, fué elegido jefe de los conspiradores, que en número de trescientos habian tomado el nombre de Voluntarios de Fernando VII., pero que eran mas conocidos con el nombre de Chaquetas, á causa del uniforme que usaban. Estos ganaron á la guardia de palacio, y en la noche del 15 de Setiembre de 1808 lograron sorprender al virrey y asegurarlo lo mismo que á su familia. A la mañana siguiente los oidores y otras autoridades lo depusieron formalmente, y poco despues fué enviado á España para penar allí parte del tiempo en la cárcel ó bajo vigilancia, y parte en el destierro, acosado por los procedimientos judiciales, y multado finalmente en gruesas sumas que se sacaban de sus bienes secuestrados.

Hecha la independencia de Méjico, la familia logró recobrar una parte considerable de los bienes embargados, alegando que Iturrigaray habia sido el primero en promover la independencia y habia caido víctima de su celo. Sus contrarios lo creian ciertamente culpable del delito de traicion; pero no hay prueba alguna de que haya hecho otra cosa que dejarse arrastrar por los planes de los criollos, embozados al principio, que se dirigian simplemente contra los invasores de España, aunque indudablemente habrian tenido despues un designio mas radical. Con un poco de tacto, vigilancia, y energía hubiera podido frustrar el plan que se tramó contra él. Esto habria precipitado los acontecimientos, y dado principio á la lucha de independencia años ántes.

Ansiosa de mandar, la audiencia nombró por sucesor de Iturrigaray á Pedro Garibay, brigadier retirado de los reales ejércitos, octogenario acosado por las enfermedades y la pobreza, y hombre que nunca tuvo resolucion de carácter ni marcada habilidad. Por el conducto de este estafermo, los oidores asumieron el gobierno en nombre de Fernando, sin reconocer formalmente á las juntas de España.

Los patriotas voluntarios fueron desbandados, temiéndose que crearan dificultades; y así lo fueron tambien las tropas levantadas por Iturrigaray, procediéndose á formar otros cuerpos en quienes se tuviera confianza para apoyar á los nuevos gobernantes. Los chasqueados criollos, viendo en esto un golpe que se les asestaba, no se avenian á quedar burlados por un puñado de empleados extranjeros. Se creian con derecho á tener voz en el manejo de los asuntos políticos del país, y con este fin comenzaron activamente, aunque en secreto, á formar juntas en que las discusiones pronto tomaron el tono mas decidido en pro de la independencia. En otras partes los emisarios franceses hacian cuanto estaba á su alcance para aumentar el disgusto, y en cada esquina, en las iglesias, y en las casas particulares se veian carteles incendiarios y anónimos que incitaban á la rebelion. Llegaron las cosas á tal extremo que se tuvo que formar una comision especial para juzgar á los traidores y se hicieron aprensiones numerosos de personas, inocentes algunas de ellas; y esto solo sirvió para añadir nuevo combustible al fuego de la indignacion y hacer cundir mas la deslealtad.

En el entretanto las varias juntas de España se habian incorporado en una Junta Central, que en Marzo de 1809 fué formalmente reconocida en la Nueva España; mas á pesar de esto continuó la mala administracion y con ella creció la hostilidad del pueblo, hasta que Yermo y sus patriotas voluntarios hicieron una seria representacion á las autoridades de

España, manifestando la necesidad que habia de que se nombrara un virey enérgico.

Entre otras razones se tuvieron presentes, el empeño que tenia la hermana de Fernando de que se nombrara á su hijo Pedro regente ó lugar teniente del rey; los rumores de que Napoleon intentaba mandar á Carlos para que gobernase la Nueva España, desmembrando así la monarquía; y la presentacion de otros pretendientes, entre los cuales se encontraba un descendiente indio de Montezuma II. El resultado de la representacion fué el relevo, en 9 de Julio de 1809, de Garibay cuyo nombramiento nunca habia sido confirmado, por el arzobispo Lizana y Beaumont, hombre benigno y de alma conciliadora, y de edad avanzada, que carecia tanto de firmeza como de prevision, y era inepto del todo para semejante puesto, especialmente en época tan borrascosa. Se entregó enteramente á la direccion del oidor Bodega, y del inquisidor Alfaro, quienes cegados por la vanidad y la ambicion, se enredaron en las tramas de los que simpatizaban con la rebelion. Guiadas torpemente por semejantes consejeros, las medidas de Lizana tomaron una tendencia que creó mucho disgusto entre los realistas intransigentes, lo que se le hizo saber dándole á entender que tenian el plan de apoderarse de él ó de asesinarlo, y el resultado fué el alejamiento y persecucion de los mismos hombres que constituian el baluarte mas firme del soberano.

El resultado de semejante política no podia ser sino desastroso para la corona. En Diciembre se urdió un complot en Valladolid, encabezado por Oleso, capitán de la milicia, para apoderarse de los principales empleados y proclamar la revolucion. Por la indiscrecion de algunos de los conspiradores se descubrió el plan, y fueron aprendidos los jefes; pero tuvieron la fortuna de escapar con un ligero castigo, gracias á los consejeros insidiosos del virey, quienes le aseguraron que las medidas severas solo provocarían mayor hos-

tilidad. Mas á pesar de esto los planes y principios de los conspiradores se habian difundido extensamente, y habia un gran número de cómplices que trabajaban celosamente en la empresa.

Entretanto, el iluso Lizana concentró su atencion en el vago rumor de que los franceses trataban de invadir el país, y se preparó á la defensa con generoso desprendimiento, añadiendo además algunos millones de donativos, pedidos de limosna, á los nueve que poco ántes habia mandado Garibay. Precisamente cuando el pueblo gustosamente cubria estas sempiternas exacciones, llegó la orden de que el virey impusiera un préstamo de veinte millones. Esto acabó con la paciencia de los mas adictos, quienes viendo que su generosidad solo daba origen á mayores extorsiones, cerraron á su devoto gobernante sus bolsas, á la vez que sus corazones.

Cansados de los errores cometidos por Lizana, los españoles habian procurado que se hicieran representaciones á las autoridades de la madre patria, las cuales dieron por resultado la separacion del prelado del gobierno, á pretesto de su mucha edad y poca salud. La audiencia tomó el mando provisionalmente en Mayo de 1810; pero puso de peor condicion la causa pública, dividiéndose en facciones, una de las cuales favorecia la política de Lizana. En esta misma época el pueblo estaba atribulado por los fuertes huracanes que tuvieron lugar en ambas costas, y por el ominoso incendio del altar de la vírgen de los Remedios, representante de la devocion española, pues la de los hijos del país se concentraba en la vírgen de Guadalupe.

En Agosto de 1810, llegó el nuevo virey, Francisco Javier de Venegas, teniente general de alta reputacion por su valor y energía; pero de expresion agria y aspecto repelente en el que se reflejaba una disposicion desconfiada, á la vez que cruel. Sin embargo, era desinteresado y tenia dignidad. Sus primeros actos fueron distribuir títulos y otros honores á los realistas prominentes, y pedir mas dinero; ambas me-

didadas desagradaron á los criollos. Entre las concesiones al país en general figuraba un extenso decreto, en que se reconocía que las posesiones americanas no eran ya simples colonias, sino partes integrantes de la monarquía española, con representacion en las córtes de España.

Este cuerpo, suprimido por siglos, se habia revivido, cuando la junta central tuvo que disolverse, en Enero de 1810, para dar lugar á una regencia, compuesta de cinco personajes. La representacion se limitó al principio á un diputado por cada colonia, miéntras que España tuvo treinta y seis. Un decreto posterior aumentó el número de los últimos á uno por cada cincuenta mil habitantes, y los primeros á veintiseis por todas las colonias juntas—vaga asignacion que redujo el número de diputados mejicanos á siete, trasformando así la concesion en una nueva causa de agravio.

Hubo bastantes provocaciones, en verdad, para lanzar á los hispano-americanos casi simultáneamente á una guerra de independenciam; pero basta aquí señalar tres de las causas principales: los celos de casta y raza, la exclusion de los empleos públicos, y las restricciones industriales y mercantiles, por no mencionar la mala administracion de jueces y gobernadores, y las exacciones de todo género.

Es de esperarse que al formarse la mezcla de una raza blanca conquistadora con otra de tez mas oscura y oprimida, hayan distinciones resultantes del color y de la posicion, las cuales tienden á producir rencor y desprecio; pero es raro que semejante sentimiento naciera entre españoles coloniales y europeos. He aludido ya á este absurdo en el presente volumen. La explicacion se encuentra principalmente en la segunda causa, es decir la casi total exclusion de los criollos de los altos puestos, tanto en la iglesia como en el estado, debida en parte á la mejor oportunidad que tenian los peninsulares, hallándose cerca del trono, para solicitarlos; pero principalmente á la disposi-

cion de la corona que desconfiaba de los criollos lejanos y procuraba dominarlos, valiéndose de personas mas íntimamente ligadas con la madre patria. Los criollos sentian tanto mas esta injusticia cuando recordaban que ellos y sus antepasados habian conquistado todo este territorio y estaban desarrollando sus vastos recursos. Así fué que estas enojosas restricciones, que estorbaban toda industria, y que en mucha parte impedian las relaciones comerciales, las sentian igualmente todas las clases.

Aunque los españoles y los criollos estaban ligados por la sangre y por ciertos intereses para oprimir á los indios, que eran el medio productor de la riqueza, sin embargo las causas provocativas que hemos mencionado, sirvieron de vínculo entre los últimos y los demás nacidos en el mismo suelo, y por esto los vemos unidos en mas de una demostracion y levantamiento. En verdad, desde los dias de Cortés se habian concebido algunos proyectos de independenciam, cuando venian de España empleados arrogantes é indignos á humillar á los conquistadores, y apoderarse de lo que habian ganado con tantos afanes. Para hacer contrapeso el gobierno procuró avivar la discordia entre las razas, y crear facciones entre los del mismo color; pero á menudo se pasaba de la raya y suscitaba enemistades donde ménos le podian convenir, como en la iglesia. Las medidas que se emplearon para reprimir el sentimiento público aumentaban tambien la malquerencia. Con el influjo de los escritos políticos y morales de los franceses á fines del siglo pasado, las ideas revolucionarias se difundieron mucho y con rapidez. Las guerras europeas obligaron á los pueblos americanos á contar mas con sus propios recursos, revelándoles así cuan grandes eran estos.

Con unas cuantas concesiones hechas á tiempo se habria detenido al partido de los criollos por un período considerable, á no ser por la invasion francesa que dió á conocer la debilidad de España é hizo desvanecer el ambiente de ilusiones que rodeaba á sus monarcas, el